

cerle tomar la de Nogent-sous-Couci, y toda-
via fueron necesarios mayores esfuerzos
cuando se trató de colocarle en la Silla de
Amiens, sin embargo de que para ella habia
sido elegido de unánime consentimiento y
con aplauso del rey (1104). Cuando supo
esto se resolvió á huir; pero se le detuvo
por orden de los obispos, quienes por fin le
obligaron á aceptar el episcopado; mas per-
maneciendo su corazon y sus afectos ente-
ramente en la soledad, no esperó mas que
un pretesto plausible para satisfacerlos; y las
comunidades que se establecieron en su
tiempo en Amiens, como en otras muchas
ciudades del reino, no tardaron mucho en
dársele. Estas eran una confederacion de
ciudadanos autorizados para hacerse justicia
en ciertas ocasiones, y aun para tomar las
armas en caso de necesidad bajo la protec-
cion del rey, que queria de este modo poner
freno á las violencias de los grandes. En-
gelran de Bovés, conde de Amiens, intentó
destruir con la fuerza la comunidad de esta
ciudad; pero los vecinos resistieron vigorosa-
mente á su tiranía, y para ello imploraron
el poder del rey Luis, llamado el Grueso,
que acudió inmediatamente á su socorro; y
toda la diócesis de Amiens, igualmente que
la ciudad, se hizo el teatro de una guerra
intestinal donde se cometieron toda clase de
escesos y de horrores.

El santo obispo, en el abatimiento que
le causaba su pena, se persuadió de que el
no haber podido impedir tantos desórdenes
entre las ovejas divididas, consistia en que
no estaba dotado de las cualidades neces-
rias para gobernarlas; y despertándose en-
tonces toda su afición á la soledad, y ha-
biendo oido hablar de la santa vida que se
hacia en la cartuja de Grenoble, cuya repu-
tacion se habia extendido ya por toda la
Francia, salió de su diócesis y fué á encer-
rarse en aquel santo desierto (1112). Guigo,
tan distinguido por su prudencia como por

las virtudes de la soledad, y que desempe-
ñaba entonces el cargo de prior, recibió con
júbilo al santo obispo y le señaló una celda,
pero no se atrevió á admitirle en el número
de sus religiosos, temeroso de que un paso
contrario á las reglas comunes fuese repro-
bado por el Papa y por el cuerpo de los
obispos. En efecto, Conon, legado de la
Santa Sede, habiendo juntado Concilios para
los negocios de la Iglesia en Beauvais, Sois-
sons y Reims, se trató en ellos de restituir
tan digno pastor á su grey; y á pesar
de la dimision enviada por el santo obis-
po, se comisionó al abad del Monte de
San Quintin, que habia sido superior
de Godofredo, y á Huberto, monge cé-
lebre de Cluny, con orden á los monges
de la Cartuja de que inmediatamente en-
viasen al obispo de Amiens á su Silla. En
el primer sentimiento de su afliccion, Godo-
fredo se echó á los pies de los cartujos, su-
plicándoles con lágrimas que no permitie-
sen que se le arrancase de su compañía:
ellos mezclaron tambien sus lágrimas con
las del obispo, pero respondieron que no
podian resistir á la autoridad de la Iglesia apo-
yada además por el rey; y así fué necesario
que se resolviese á marchar, al cabo de tres
meses de mansion en aquel lugar tan de su
gusto, al cual no dejaba de volver continua-
mente, mientras caminaba, sus ojos inunda-
dos en lágrimas, con el sentimiento de no
haber podido acabar en él sus dias. Se habia
estenuado tanto con las maceraciones, que
cuando le volvieron á ver en su diócesis se
enternecieron hasta derramar lágrimas. Vi-
vió poco, despues de su vuelta. Yendo á
Reims á tratar algunos asuntos con su me-
tropolitano, murió en Soissons en 8 de no-
viembre de 1115, en el año once de su
episcopado y cincuenta de su edad.

Al fin de este mismo año hubo en Colo-
nia una junta de obispos y señores, con mo-
tivo de las turbulencias y desórdenes que

continuaban en Alemania, y en ella se pu-
blicó un decreto de excomunion contra el
emperador que tenia su corte en Spira con
una corta comitiva. De su orden llegó al
Concilio el obispo de Wurtzburgo, con cuya
adhesion contaba; pero este prelado tambien
fué tratado como excomulgado, á vista de
lo cual se reconcilió tan sinceramente con
la Iglesia, que en lo sucesivo se negó hasta
á comunicar con el emperador, de quien es-
perimentó la mas inexorable venganza. Sin
embargo, este príncipe temiendo los efectos
del descontento de los señores, aceleró su par-
tida á Italia, en donde queria recoger la he-
rencia de la condesa Matilde (que habia muer-
to en el mes de julio del mismo año), no obs-
tante las donaciones reiteradas que esta prin-
cesa hizo de sus Estados á la Iglesia romana.
Invitado por las cartas de sus partidarios fué
con tropas el emperador (1116) para pose-
sionarse de todos los bienes de Matilde.
«Pero no se vé claramente, dice Muratori,
con qué título. Mientras no pretendió mas
que los bienes Reales y feudales, como la
marca de Toscana, Mántua y otras ciudades,
se concibe que tenia razon de pretender;
pero quiso tambien los bienes alodiales y
patrimoniales, y esto fué un semillero de
nuevas contiendas entre los Papas y los em-
peradores; y así hallamos disputada entre
ellos durante un gran número de años esta
sucesion, hasta que al fin el tiempo, médico
de muchas enfermedades políticas, puso tér-
mino á sus contestaciones.» Sin embargo,
añade Feller, á la larga tuvo que ceder á la
Santa Sede una parte de la herencia de Ma-
tilde.

La tercera semana de Cuaresma de 1116
tuvo el Papa Pascual en la iglesia de Le-
tran un concilio calificado de universal,
aun cuando no es tenido por ecuménico;
pero se hallaron en él prelados, señores y
diputados de la mayor parte de los Estados
cristianos. Tratábase en él de dar toda la au-

tenticidad posible á la condenacion del pri-
vilegio arrancado violentamente por Enri-
que acerca de las investiduras, y anulado
ya en otro Concilio de Roma menos solem-
ne que este. Despues de ocuparse las dos
primeras sesiones en tratar de asuntos par-
ticulares, levantándose un prelado en medio
del Concilio, dijo que era menester saber
cuál era el sentir del Papa á fin de que
cuando los obispos regresasen á sus dióce-
sis supiesen lo que habian de enseñar. En-
tonces el Papa Pascual se espresó del modo
siguiente: «Despues que el Señor hubo he-
cho lo que le plugo de su siervo y me hubo
entregado con el pueblo romano en manos
del rey, veia cometerse todos los dias y por
todas partes robos, incendios, homicidios y
adulterios. Queriendo pues librar de tantos
males á la Iglesia y al pueblo de Dios, hice
lo que hice. Confieso que he obrado mal y
os ruego á todos pidais á Dios me perdone.
Por lo que hace á ese escrito malo que fir-
mé en medio de las tiendas enemigas, le
condeno con perpétuo anatema, á fin de que
sea siempre odiosa su memoria, y os ruego
á todos hagais lo mismo.» Entonces todos á
una vez dijeron: «Así sea, así sea.»

Habiendo añadido Bruno de Segni que
debía darse gracias á Dios porque el Papa
condenaba por su propia boca un privilegio
que contenia una heregia, y dicho otro Pa-
dre chanceándose que si el privilegio conte-
nia una heregia era herege el que le habia
dado, Juan, obispo de Gaeta, respondió con
viveza á Bruno: «¡Cómo! ¿con que aqui, en
nuestra presencia, en medio de un Concilio,
tratais de herege al Pontífice romano! El es-
crito que firmó el Papa nuestro señor era
malo, pero no era una heregia.»—«Pero
aún mas, añadió otro Padre; ni siquiera se
le debe llamar malo, porque si es un bien
libertar al pueblo de Dios, un bien fué lo
que el Papa hizo. El Evangelio no solamen-
te nos enseña que libertemos al pueblo de

Dios, sino que nos manda dar nuestra misma vida por nuestros hermanos.» Oyendo pronunciar esas palabras odiosas de hereje y heregia, el Papa, herido hasta el fondo de su alma, alargó sus manos y dijo (1): «reflexionad, señores y hermanos míos, que la Iglesia romana jamás ha sostenido heregias, y que antes bien siempre las ha perseguido y aterrado. La heregia de Arrio despues de tres siglos de insolencia halló su ruina en Roma: Sabelio, Fotino, Eutiques y todos los heresiarcas han sido anatematizados aqui y por esta Silla, que es por la que el Hijo de Dios dijo á Pedro: *he orado para que no perezca tu fé.*» Varios obispos al oír esto tomaron la defensa del Pontífice, manifestándose indignados y escandalizados en cierto modo de las reconvencciones injuriosas dirigidas contra él en tan augusta asamblea.

En la penúltima sesion, que se tuvo un viernes, habiendo los partidarios del rey suscitado una viva discusion con el legado Conon, obispo de Preneste, que queria explicar la excomunion de Enrique, el Papa les impuso silencio y dijo: «La Iglesia primitiva del tiempo de los mártires ha sido floreciente delante de Dios y no delante de los hombres. Despues se convirtieron los reyes, los emperadores y los príncipes romanos, y han honrado á su madre la Iglesia dándola tierras y dominios, honores y dignidades seculares asi como los derechos é insignias de la dignidad Real. Esto hicieron Constantino y los demas fieles príncipes, y entonces la Iglesia comenzó á estar floreciente, asi delante de los hombres como delante de Dios. Ella pues debe conservar lo que ha recibido de los reyes y de los príncipes y dispensarlo á sus hijos, segun lo estime conveniente.» Para borrar despues el Papa Pascual el privilegio que parecia haber concedido en

(1) Tom. 10 Concilior. pag. 806.

el campamento, renovó la prohibicion, hecha por San Gregorio VII, de recibir de manos de un lego la investidura de las dignidades eclesiásticas (1). Aunque esta prohibicion llevaba la pena de anatema para el que daba ó recibia la investidura, no fué nominalmente excomulgado Enrique; el Papa lo único que hizo fué aprobar en general lo que los legados habian hecho en sus concilios en los que este príncipe habia sido excomulgado muchas veces.

Apenas habian pasado quince dias despues de la conclusion de este concilio, cuando se levantó una violenta sedicion contra el Papa, con motivo de haberse resistido á confirmar la eleccion de prefecto de Roma, hecha en un niño por un tropel de revoltosos. Previendo Pascual que seria difícil reprimir los sediciosos sin derramar mucha sangre, prefirió salir de Roma, y tomó el partido de retirarse á Albano. Supo el emperador estas noticias en Liguria con un júbilo que no pudo tener oculto, pues inmediatamente envió regalos imperiales al nuevo prefecto, asegurando á los revoltosos su proteccion, y prometiendo llevarles en persona un socorro poderoso.

Llegó en efecto á Roma en el año siguiente 1117 con un numeroso ejército, y el Papa que habia vuelto á entrar en la misma ciudad, salió de nuevo y se retiró á Monte Casino. El motivo que alegaba el emperador era el de recibir la corona de la mano del Sumo Pontífice, lo cual no dejaba de tener un colorido plausible; porque como su primera coronacion no se habia hecho sino despues de haber sacado con violencia las investiduras, de un modo que habia sublevado á todo el mundo cristiano, siendo por lo mismo condenado generalmente, temió acaso que se sacasen de aqui consecuencias contra la legitimidad de su

(1) Tom. 10 Concilior. pag. 806.

título. Por lo mismo manifestó gran deseo de restablecer la union entre las dos potestades, y se quejó de la desconfianza que habia hecho tomar á Pascual el partido de huir, llegando hasta asegurar que miraba como una desgracia para sí mismo la ausencia del Papa. Despues de este solapado preámbulo, pidió que el clero de Roma le diese la corona en ausencia del Pontífice; pero el clero se negó abiertamente y fundó su negativa con intrepidez, demostrando la contradiccion entre las palabras y la conducta de un príncipe, que habiendo llegado con las armas en la mano se manifestaba mucho menos emperador que enemigo de Roma y tomaba la proteccion de los excomulgados, de los revoltosos, de unos tiranos insoportables, y ejercia al mismo tiempo toda clase de hostilidades contra la patria.

Al oír tal respuesta se dirigió Enrique á Mauricio Burdino, aquel monge francés que habia seguido á Bernardo de Toledo á España (a), que habia llegado á ser arzobis-

(a) Burdino fué uno de los monges franceses que el arzobispo de Toledo don Bernardo trajo consigo á España. El motivo y circunstancias de este llamamiento lo refiere del siguiente modo el P. Mariana: «Bernardo, arzobispo de Toledo, como quier que era de gran corazon, dado que hobo asiento en las cosas de aquella su diócesi, y puesto en la iglesia mayor de Toledo para su servicio treinta canónigos y otros tantos racioneros, tomada la señal y divisa de la cruz, se partió para esta guerra (la de Tierra Santa). De su partida resultó un gran desorden: apenas era salido de la ciudad, cuando los canónigos que dejó, sea por odio que le tuviesen por ser extranjero, ó entender que no volveria, arrebatadamente se juntaron y nombraron nuevo prelado en lugar de Bernardo. Defendian algunos la razon; pero los mas votos, como muchas veces acontece, prevalecieron contra los menos aunque sintiesen mejor, y los echaron de la ciudad. Bernardo avisado de lo que pasaba, con aquella mala nueva tornó á Toledo y alzó la revuelta: echados aquellos sacerdotes que fueron autores y ejecutores de aquel mal consejo, puso en su lugar monjes del monasterio de Sahagun en que él fuera antes abad: ocasion segun dicen algunos que muchas maneras de hablar y vocablos propios de monges y ceremonias se pegaron á la iglesia mayor de Toledo, que de mano en mano se han conservado y usado hasta el día de hoy.» Hecho esto, se puso de nuevo en camino: llegado á Roma fué forzado por el Pontífice Urbano á volver atrás por quedar en España tanta guerra y porque Toledo por ser de nuevo ganada parecia

po de Braga, y ganado de tal modo la confianza del Papa Pascual, que habia conseguido ser elegido legado para tratar la paz con el emperador; y este ministro pérfido y sin pudor no tuvo dificultad en poner á un príncipe excomulgado la corona delante

tener necesidad de la ayuda, presencia y diligencia de quien la gobernase. Absolvió del voto que tenia hecho de ir á la Tierra Santa, á tal que los gastos y dinero que tenia apercibido para aquella guerra, emplease en reedificar á Tarragona, ciudad que por el esfuerzo y armas del conde de Barcelona en esta sazón era vuelta á poder de cristianos. Era muy noble antiguamente, y poderosa por su antigüedad y ser Silla del imperio romano en España; mas en aquel tiempo se habia reducido á caserías y era un pueblo pequeño. Reparóla pues don Bernardo, y en ella puso por arzobispo á Berengario obispo de Vique, ciudad que quiso así mismo fuese sufragánea de Tarragona para mas autorizarla; la verdad es que el nuevo arzobispo Berengario olvidado deste beneficio puso despues pleito á Bernardo que le habia entronizado, sobre el derecho de la primacia por antiguas historias, ejemplos y doctrinas desusadas de que se valia para defender los derechos y libertad de su iglesia, como quier que el de Toledo por concesion muy fresca del Pontífice Urbano no solo alcanzó para sí y para siempre el Primado de toda España, sino de presente como Legado del Pontífice romano tenia superioridad sobre todas las iglesias, y poder de ordenar sus cosas y enderezallas, dáles prelados y reformallas. Con este intento de ejecutar lo que le ordenó el Papa, de Francia cuando por aquella provincia volvió á España, trajo consigo á Toledo algunas personas de grande erudicion y bondad, honrólos de presente con cargos y gruesos beneficios que les dió, y su virtud el tiempo adelante los promovió á mayores cosas. Estos fueron Gerardo de Mosiaco, que luego le hizo primicerio ó chantre de Toledo; despues arzobispo de Braga; Pedro, natural de Bourges, de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Osma; al uno y al otro la santidad de la vida y excelente virtud puso en el número de los Santos. Fuera de estos vinieron Bernardo y Pedro naturales de Aagen: Bernardo de primicerio de Toledo fué obispo de Sigüenza y despues de Santiago; Pedro, de arcediano de Toledo subió á ser prelado de Segovia; otro Pedro, obispo de Palencia; Gerónimo, natural de Perigueux, que á instancia del Cid tuvo cuidado de la iglesia de Valencia luego que la ganó de los moros; y despues que se perdió, hizo oficio de vicario de obispo en Zamora; muerto este, otro Bernardo, del mismo número, fué el primer obispo de aquella ciudad. En este mismo rebaño, bien que de diferentes costumbres entre sí, se cuentan Raimundo y Burdino: Raimundo, natural de la misma patria del arzobispo Bernardo, despues de Pedro de suso nombrado fué obispo de Osma, y adelante prelado de Toledo por muerte y en lugar de dicho Bernardo; Burdino, natural de Limoges, de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Coimbra y de Braga: últimamente se hizo falso Pontífice romano, de que resultó discordia sin propósito y scisma en el pueblo cristiano, y él por el mismo caso se mostró ser indigno del número y compañía de los varones excelentes que de Francia vinieron en compañía de Bernardo.» (N. del E.)

del cuerpo de San Gregorio en la iglesia de San Pedro. Inmediatamente después el emperador, que temia los calores del estío, salió de la ciudad de Roma dejando en ella tropas alemanas y ofreciendo volver bien pronto.

Habiendo sabido el Papa la traicion de su legado, tuvo en Benevento en el mes de abril un Concilio, en que pronunció contra él sentencia de excomunion, y luego al punto se acercó á Roma sin pensar siquiera en lo que tenia que temer. En el camino fué acometido de una enfermedad que hizo desesperar de su vida; pero habiendo curado contra todos los pronósticos de la medicina, apenas se creyó convaleciente prosiguió su camino con toda celeridad. Su presencia y su intrepidez impusieron temor á sus enemigos; y habiendo celebrado las fiestas de Navidad y de la Epifanía, los sediciosos le pidieron la paz, y los gefes de la faccion, temiendo ser sacrificados, anduvieron errantes de una parte á otra sin atreverse á presentarse en público. El Pontífice hacia todas las diligencias necesarias para restablecer una tranquilidad duradera, cuando por el exceso de la fatiga volvió á caer enfermo; y reducido bien pronto al extremo, murió á 18 ó 21 de enero de 1118, después de haber satisfecho á todas las obligaciones de la Religion, y recomendado con especialidad á los cardenales la concordia fraternal, como un baluarte seguro así contra los artificios del espíritu del cisma como contra el furor de la ferocidad germánica.

La Santa Sede estuvo vacante pocos dias. El 25 de enero, los cardenales en número de cuarenta y cinco, muchos obispos, un gran número de clérigos y algunos senadores y consulares romanos, después de haber deliberado maduramente, se convinieron en elegir á Juan, apellidado de Gaeta, lugar de su nacimiento, y que era cardenal diácono y canceller de la Iglesia romana, y lo proclamaron sin di-

lacion bajo el nombre de Gelasio II, por mas que lo resistió su sincera humildad. Era Juan de ilustre nacimiento y de esclarecida piedad, ofrecido desde la infancia á Monte-Casino, donde su memoria era venerada por su fidelidad en las observancias de la vida regular. No adquirió menos reputacion en la carrera de sus talentos, con particularidad en las artes liberales, de suerte que un autor de su tiempo (1) decia que el designio del Papa Urbano II en hacerle canceller habia sido el de restablecer en la Iglesia romana el gusto casi aniquilado de la bella antigüedad. Durante todas las turbulencias del Pontificado de Urbano, Juan de Gaeta le fué siempre adicto y su mayor consuelo en las penas que le afligieron.

Un Papa de este carácter no podia ser del gusto de los partidarios del emperador Enrique, especialmente cuando por lo calamitoso de las circunstancias y el temor de las divisiones habia sido preciso hacer la eleccion en un lugar mas secreto que de ordinario y con cierto aire de misterio. Luego que Cencio Frangipan, vendido al emperador, lo supo desde su palacio que estaba inmediato, corrió á las armas con un tropel de furiosos: en un momento las puertas de la iglesia fueron forzadas. Cencio se avalanzó al Papa, le asió por el cuello, le dió de patadas hasta ensangrentarle con sus espuelas, y arrastrándole por los cabellos á su palacio le cargó de cadenas. Los cardenales y todas las personas allí reunidas que no pudieron ocultarse con una pronta fuga, fueron del mismo modo arrestados y encerrados cubiertos de sangre.

Al ruido de este audaz sacrilegio, el pueblo en todos los barrios, un gran número de señores seguidos de sus gentes, y hasta el prefecto, sin embargo de lo descontento que estaba con el clero, se arma-

(1) Pandolf. Alatr.

ron con indignacion y corrieron al Capitolio dando alaridos espantosos. Se enviaron diputados sobre diputados á los Frangipanes, pidiéndoles con amenazas el Vicario de Jesucristo; y á la primera vista del peligro el susto sucedió á la ferocidad en todos aquellos viles asesinos de los ungidos del Señor. Leon, uno de los Frangipanes, se arrojó á los pies del Papa, y le pidió la vida con el perdon de su crimen.

Libertado así Gelasio no estuvo mucho tiempo tranquilo. El emperador que no estaba muy distante marchó prontamente á Roma para apoderarse segunda vez del Sumo Pontífice. Gelasio no tuvo mas tiempo que para ausentarse; y por medio de toda clase de incomodidades y peligros se fué á Gaeta su patria, donde bien pronto tuvo un numeroso cortejo de prelados y personas de la mayor consideracion que de todas partes llegaron á juntársele. El artificioso emperador envió tambien á manifestar al Papa el júbilo que habria tenido en asistir á su consagracion y autorizarla con su presencia, y le invitó á volver sin temor á Roma, tanto para hacer en ella esta ceremonia, como para acabar de desterrar la discordia. Para caer en este lazo, tendido con tan poco disimulo, tenia Gelasio demasiado presente el modo con que Pascual II, y él mismo que le acompañaba, habian sido arrestados y tratados por aquel príncipe que tomaba el tono de la benevolencia y de la cordialidad. Por lo mismo respondió que iba á hacerse consagrar inmediatamente, y que después se le hallaria pronto á tratar de la paz y de la concordia en cualquier parte donde el emperador quisiese. En efecto, sin salir de Gaeta, fué primeramente ordenado de sacerdote, y después consagrado Papa en los primeros dias de marzo, en presencia de una multitud de prelados y de señores, entre ellos el duque de Pulla y el príncipe de Cápua, y todos le

aseguraron de su fidelidad con el mayor celo y con juramento.

El emperador, irritado de no haber salido bien con su engaño, hizo inmediatamente elegir y consagrar como Papa á Mauricio Burdino, á quien llamó Gregorio VIII; pero la intrusion era tan notoria, que ninguno del clero ni del pueblo católico abrazó su partido: solos los guibertinos se declararon en favor de este nuevo antipapa. El Pontífice legitimo se apresuró á escribir al pueblo y clero romano, á Francia y aun á España, á fin de prevenir á los fieles contra estos nuevos peligros (1), y después fué á celebrar un concilio en Cápua donde excomulgó al emperador y á su antipapa. Burdino por su parte, después de haber dado la corona imperial á Enrique, envió por todas partes bulas que no consiguieron casi en ninguna mas que el desprecio y la indignacion: sin embargo, él estaba instalado en Roma, y el Pontífice legitimo no se atrevió á entrar en ella ni aun secretamente hasta que los príncipes normandos de Italia, que vinieron á su socorro, obligaron al emperador á volverse á Alemania.

Habiendo creído entonces Gelasio que podia celebrar en la iglesia de Santa Práxedes, los frangipanes, á quienes el temor habia reducido á sumisiones tan bajas, volvieron de nuevo á acometerle con las armas en la mano; hubo un obstinado combate á la puerta de la iglesia, durante el cual el Papa pudo escaparse, y montando precipitadamente en un caballo huyó á rienda suelta medio vestido con sus ornamentos pontificales. Las gentes del campo y especialmente las mugeres que le vieron correr á la ventura seguido solo de su cruciferario, daban gritos lamentables. Sus partidarios lo hallaron por fin agoviado y suspirando muy lejos de la ciudad, cerca de la iglesia de

(1) Gelas. ep. 1.